ria! *porque él es vuestro Dios*, ese Dios vivo *á quien debeis*, como todas las criaturas, *los sentimientos de la más alta adoración* y del sentimiento más profundo. (1) En cuanto á vos, oh mi Dios, vencedor de todos los corazones, vuestra belleza, vuestros atractivos divinos, vuestra dulzura, los encantos inexplicables esparcidos sobre vuestro rostro, y todas vuestras sublimes perfecciones *se imprimiran tan fuertemente en nuestros espíritus*, y herirán tan profundamente nuestros corazones, *que pensaremos contínuamente en vos, os bendeciremos sin cesar*, y os amaremos por siempre. (2)

3 Audi, filia, et vide, et inclina aurem tuam: et obliviscere populum tuum et domun patris tui, et concupiscet rex decorem tuum. quoniam ipse est Dominus Deus tuus, et adorabunt eum. Ps. XLIV.

2 Memores erunt nominis tui, Domine, in omni generatione et generationem. Propterea populi confitebuntur tibi in eternum, et in seculum seculi. Ibid.

CAPITULO SEPTIMO.

Tercer motivo de amor.

Los beneficios de Nuestro Señor, su multitud y su grandeza.

SECCION PRIMERA.

I. Beneficios de la naturaleza.—II. Estos beneficios nos vienen de Jesu-Cristo.—III. Beneficios de la gracia.—IV. Beneficios de la gloria.—V. Grandeza de estos beneficios.—VI. Son infinitos por parte de Dios.—VII. Son infinitos á causa de nuestra infinita bajeza.—VIII. Algunos son infinitos en sí mismos —IX. Nos son dados con un amor infinito.

La multitud de los beneficios que Nuestro Señor nos ha concedido, es tan grande, que excede todos nuestros pensamientos, todas nuestras palabras; más fácil es poder contar los granos de arena que cubren las playas del mar, que los beneficios. Podemos dividirlos en tres clases: beneficios de la naturaleza, beneficios de la gracia y beneficios de la gloria.

I. Los beneficios de la naturaleza son primero la creación, por medio de la cual Dios nos ha dado el existir con un alto grado de excelencia y nobleza, puesto que el hombre es la más noble y la más perfecta de las criaturas corporales, dotada de entendimiento y de voluntad, imagen de Dios, obra

maestra de sus manos. La conservación de este estado noble y excelente, que es la continuación del beneficio de la creación, la alimentación, el vestido, las riquezas, los honores, las dignidades, los cielos, el sol, la luna, las estrellas, los elementos, los animales, las plantas, los minerales, todas las criaturas visibles del universo, con cuanto tienen y hacen, son otros tantos beneficios de Dios dados al hombre. Porque en efecto, no los hizo para él, no los necesita; no para los ángeles, puesto que sólo son espíritus; no para sí mismas, sino para servir al hombre, según esta palabra de David: Por un favor todo particular, oh Señor, *habeis colmado al hombre de gloria y honor, lo habeis establecido sobre las obras de nuestras manos*, habeis hecho todo por él, *y habeis sujetado todo á vuestro imperio.* (1)

II. Todos estos bienes, por grandes é innumerables que sean, vienen de la pura bondad de Jesu-Cristo; y bien que algunos doctores piensan que los hemos recibido de él en calidad de Criador, y no de Redentor, otros son de parecer contrario, y su opinión parece más probable, porque estos bienes contribuyen á la salvación eterna. (2) "Es claro, dice Santo Tomás, (3) que todo beneficio de Dios que sirve al hombre para obrar su salvación, es un efecto de la predestinación divina, y ninguno ignora que Jesu-Cristo es la causa de esta predestinación, y que todos los beneficios que Dios concede á los elegidos son concedidos, en consideración de los méritos del Salvador." En este sentido, tenemos todos los beneficios naturales de la bondad de Nuestro Señor Jesu-Cristo, y por esto le estamos doblemente obligados, pues que él es nuestro Creador y nuestro Redentor. Añadamos á esto, que su gracia es la que nos impide cometer el pecado, y la que nos da el medio de volvernos á levantar cuando hemos caído; mas, el pecado, por ligero que sea, nos hace dignos de perder tanto la vida como los bienes temporales, nos sujeta á todas las penas y á todas las miserias de la vida: por tanto, debemos á Jesu-Cristo la conservación y el disfrutar de los bienes temporales; nuevo beneficio, por el cual debemos atestiguarle nuestro reconocimiento.

1 Gloriâ et honore coronâsti eum, et constituisti eum super opera manuum tuarum. Omnia subjecisti sub pedibus ejus. Ps. VIII, 7.

2 Vazq. in 1. disp. 93. c. 1.—Duraud. in 1. d. 41, q. 2.—Suar. I. III de præd. c. VII.—Gam in 1 part. VI de præd. disc. 2.

3 Manifestum est quôd omne Dei beneficium, quôd homini confert salutem, est divinæ prædestinationis effectus. S. Thom., lec. VI, in cap. IX. ad Rom., et 1 p. q. 23, art. 6.

III. Los beneficios de la gracia son infinitamente más grandes; ellos comprenden la encarnación del Hijo de Dios, su nacimiento, todos los misterios adorables de su vida y de su muerte, las Santas Escrituras, los libros buenos, la predicación del Evangelio, el bautismo, la eucaristía y todos los demás sacramentos, la gracia santificante, las virtudes infusas, los dones del Espíritu Santo, las gracias actuales, los buenos pensamientos, los santos afectos, los consuelos interiores y otros mil favores que nos son desconocidos en este mundo; porque, como dice San Pablo, *hemos sido enriquecidos en Jesu-Cristo de todo lo que es necesario para nuestra salvación, á tal punto que no nos falta gracia alguna* ni don alguno del Espíritu Santo.

(1) *Todas las gracias han sido difundidas en nosotros con abundancia por los méritos de este divino Salvador*; (2) de suerte que podemos decir con el mismo Apóstol: *Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesu-Cristo, que nos ha llenado de toda suerte de bendiciones celestes, en vista de sus méritos y de su amor.* (3)

IV. A los beneficios de la gloria que son los mayores de todos, se refiere todo lo que pertenece á la felicidad eterna: el ver á Dios clara y distintamente, el gozo de la esencia divina, de la bondad infinita, de la inefable belleza, y de todas las demás perfecciones infinitas de esta naturaleza incomprehensible, un amor ardiente por este objeto arrebatador, con seguridad cierta de jamás perderlo, ni de sentir resfriarse sus deseos, y los torrentes de una alegría innarrable corriendo sin cesar de ese goce, como de un manantial inagotable; la vista arrebatadora de la santa humanidad de Nuestro Señor, la de la reina del cielo, la compañía de los ángeles y de los santos, la abundancia de todos los bienes, de todas las riquezas, de todos los honores; una nobleza divina, los placeres más deliciosos del alma y del cuerpo, la perfecta felicidad del hombre todo entero. Aun cuando no poseamos todavía todos estos bienes, no por eso debemos menos á Nuestro Señor la esperanza de gozar algún día de ellos, porque él los ha querido y

1 In omnibus divites facti estis in illo..... ita ut nihil vobis desit in ultâ gratiâ, I.-Cor., I, 5 y 7.

2 Effudit in nos abundè per Jesum-Christum salvatorem nostrum. Ad. Tito, III, 6.

3 Benedictus Deus et pater D. N. J. C. qui benedixit nos in omni benedictione spirituali in cælestibus. Eph., I, 3.

comprado al precio de su sangre, y que estamos seguros infaliblemente de poseerlos si nos hacemos dignos de ellos, con la ayuda de su gracia.

En suma, los beneficios que el hombre recibe de Nuestro Señor, son en tan gran número que, á cualquier lado que vea, que eleve sus miradas, que las baje, que vea á la derecha, á la izquierda, su cuerpo, su alma, sus riquezas, su ciencia, su virtud, el cielo, la tierra, y todos los bienes que contienen, verá que son otros tantos dones que Jesu-Cristo le ha hecho, y otros tantos testimonios de su amor. Así puede definirse al hombre: Un compuesto de beneficios de Nuestro Señor, adonde todo va á parar: la naturaleza para servirlo, la gracia para salvarlo, la gloria para recompensarlo y hacerlo eternamente feliz. Hasta aquí, no hemos hablado sino de la multitud de los beneficios de Dios.

V. En cuanto á su tamaño, para formarnos una idea que esté al alcance de nuestros débiles espíritus, distingamos cuatro clases de infinidades que se encuentran en ellos: 1º La infinidad de Dios Nuestro Señor que concede el beneficio; 2º la bajeza infinita del hombre que lo recibe; 3º la infinidad del beneficio en sí mismo; 4º la infinidad del amor con que Dios nos lo concede.

VI. 1º Debemos considerar la grandeza infinita de Dios en todos los beneficios que tiene á bien concedernos, porque el que da, comunica su grandeza y su excelencia al don que hace. Así, una cosa de poco valor, dada por un hombre del pueblo, sólo tiene su valor real: dada por un grande del Estado, es algo más; por un rey, es un gran favor que los cortesanos comprarían á gran precio.

De aquí debemos concluir que Dios, por razón de su grandeza infinita, de su nobleza y de su excelencia, engrandece, ennoblece y realza infinitamente todos los dones que se digna El hacernos, por pequeños que puedan ser.

VII. 2º Después de haber considerado algún tiempo la grandeza infinita de Dios que nos da, pongamos los ojos en nuestra bajeza infinita; porque, puesto que Dios está elevado infinitamente sobre nosotros, es necesario que estemos infinitamente abajo de El. Esto es lo que da una grandeza prodigiosa á todos los beneficios que recibimos de su mano; porque, si el don crece á proporción de la grandeza y de la excelencia de aquel que lo hace, crece también, en cierta manera, por la bajeza de aquel que lo recibe. Si un rey hace un regalo de una cosa de poco valor á un aldeano, este valor viene á ser muy grande, y este aldeano debe hacer mucho caso de él, no solamente á causa de la dignidad real de aquel que se lo da, sino por razón de su propia bajeza; y si se quejara como de un pequeño regalo, habría derecho de reprenderlo, mostrándole que es una cosa de gran precio para él, viniendo de tal mano.

VIII. 3º Debemos considerar la infinidad de los beneficios en particular, como el de la Encarnación, de la Redención, de la Eucaristía, que son infinitos á causa de Nuestro Señor, Dios y hombre, que está presente en persona y que se da todo entero; el de la glorificación, que encierra el gozo de un bien infinito, que es Dios mismo, y porque la la duración de este beneficio es infinita.

IX. 4º Mas, el amor infinito con el cual Dios nos hace estos regalos, y el cual es el primero de

sus dones, es otra especie de infinidad que los eleva de una manera todavía más considerable; porque, "como el beneficio, dice Séneca, es un efecto de benevolencia, que viene de un corazón bueno y de un sentimiento de amor, poco importa que se de cualquier cosa, porque la naturaleza del beneficio no consiste en la cosa hecha ó dada, sino en el amor de aquel que da. (1) Así, si vuestro amor es débil, cualquier que sea la cosa que deis, vuestro regalo es pequeño; si vuestro amor es grande, vuestro regalo, por ligero que sea en sí mismo, será grande, y grande á proporción del amor y de la buena voluntad que será el principio de él.

Ahora bien, como Dios da todo, aun las cosas más pequeñas, con un amor infinito, debemos concluir de esto, que todos sus dones son infinitos: de suerte que, por esta razón y las dos primeras que hemos citado, una gota de agua, una migaja de pan que Dios nos da, es un beneficio de Dios más grande, y merece mucho más amor y reconocimiento, que si un ángel nos diera millares de mundos; porque el don de Dios viene de un amor infinito hacia nosotros, y el del ángel no tomaría su origen sino en un amor limitado, y por consiguiente, infinitamente menor. Si pues una gota de agua, una migaja de pan por venir de Dios es un beneficio tan grande y merece t n gran reconocimiento, ¿qué debemos pensar del beneficio de la creación, de la conservación y de todo lo que nos es necesario? ¿Podremos acaso estimar lo bastante los de la Encarna

1 Non quid fiat, aut quid detur, refert; sed quâ mente: quia beneficium non in eo, quod fit aut datur, consistit; sed in ipso dantis animo. Senec., lib. 1, de Benef, cap. VI.

ción, de la Redención y de la Eucaristía, todos los bienes de la gracia y los de la gloria? ¿Y cómo podremos comprender la fuerza de nuestras obligaciones para con Dios animado de un amor tan generoso? Añadamos todavía á este amor infinito, de donde dimanan todos los dones de Dios, que El nos lo concede con un corazón tan bueno, tan franco, tan noble que no atiende á nuestro mérito, que no se desanima por nuestra indignidad, nuestra ingratitud, nuestra malicia, sino que es atraído por la inclinación de su generosa y real naturaleza. Además, nos la da con tanto desinterés, que no le resultan por ellos ventaja alguna, sino que todo es enteramente para nosotros; y no exige nuestro reconocimiento sino para tener nuevos motivos para hacernos nuevos dones. La Esposa de los Cánticos compara los beneficios de Nuestro Señor á la leche: *Nos acordaremos de la leche de vuestros pechos*, conservaremos preciosamente el recuerdo de vuestros beneficios. (1) Ella llama *pechos* á los beneficios de Nuestro Señor, primero para mostrarnos la abundancia de ellos, puesto que los pechos son fuentes que no se agotan, teniendo la naturaleza cuidado de llenarlos cuando se vacían; y después, para mostrarnos que ellos vienen del amor, puesto que los pechos están colocados sobre el corazón, cuyo calor los calienta y hace fecundos. Por esto, algunos intérpretes, fundados sobre la doble significación de la palabra hebrea, han traducido: *Nos acordaremos de vuestros amores*; (2) haciendo referencia al nombre que merecen con tan justo tí-

1 Memores uberum tuorum. Cant. I, 3.
2 Memores amorum tuorum. Ibid. juxta: hæbr.

tulo los beneficios de Nuestro Señor, puesto que toman su origen en el amor infinito de su noble corazón, y que nos lo da con el amor más tierno y más maternal, como á sus queridos hijos. Esta comparación nos hace comprender también que estos beneficios son el precio de la sangre de Jesu-Cristo, es decir, que sólo se nos conceden por el mérito de esta sangre, teniendo la leche su principio en la sangre.

Lo que realza aún infinitamente los beneficios de Nuestro Señor, es que la mayor parte nos son tan necesarios, que no podemos pasar sin ellos; tales son: el sol, el fuego, el aire, el agua, la tierra, el alimento, los vestidos; tal es la gracia para hacer obras buenas, huir el pecado, vencer las tentaciones, y en general, para obrar nuestra salvacion; porque, como dice el príncipe de los Apóstoles: Nadie puede salvarse sino por Nuestro Señor Jesu-Cristo. (1) Para concebir bien esta necesidad de los beneficios de Dios, representémonos el estado en que estaríamos si estuviéramos privados de ellos, y digamos, por ejemplo, si no estuviera yo alumbrado por el sol, si estuviera yo privado del aire, del fuego; si no tuviera yo ni ojos, ni orejas, ni manos, ¿en qué estado estaría yo? ¿cuantas incomodidades esperimentaría yo? . . . . .

1 Non est in alio aliquo salus; nec enim aliud nomen est sub oeclo datum homínibus, in quo oporteat nos sahros fieri, Atc. IV, 12.

SECCION SEGUNDA.

Poder que deben tener los beneficios de Nuestro Señor.

I.—Fuerza de los beneficios.—II. Su fuerza sobre los mismos animales.—III. Los beneficios de Nuestro Señor deben tener sobre nosotros una fuerza mucho más grande.—IV. Recapitulación y resoluciones.

I. Los beneficios tienen naturalmente una fuerza extraordinaria y un poder increible sobre los hombres, para atraer sus espíritus y llevar tras sí sus afectos. Aquél que puede conceder beneficios, posee lazos y cadenas para ligar y encadenar los corazones y atraerselos; y, como dice un autor, los beneficios hacen hacer á los grandes, maravillas y á los pequeños, milagros. *Esta es la naturaleza de los hijos de Adán*, decía David. (1) Por ellos el hombre es prendido; los beneficios son una llave que abre todo, y no hay corazón alguno, por feroz que sea, que no sea reducido y forzado por tales armas. Por este medio, Jacob calmó la irritación de su hermano Esaú, y cambió su voluntad. *Yo lo apaciguaré con regalos.* (2) *Si tu enemigo tiene*

1 Ista est enim lex Adam. II, Reg . VII, 19.
2 Placabllo ium muneribus. Gen. XXXII, 20.

hambre, dice Salomón, *dale de comer*; *si tiene sed*, *dale de beber; por este medio amontonarás sobre su cabeza carbones ardientes*, que ablandarán su dureza, inflamarán su corazón helado y lo volverán tu amigo. (1) Pesando Jansenio la fuerza de la palabra *amontonarás*, y la que emplean los Setenta, nota que los beneficios, aunque en pequeño número, hacen sin embargo, un gran monton de carbones encendidos, que se elevan sobre la cabeza de aquél que recibe los beneficios, lo rodean, lo cubren por todas partes, lo queman y lo consumen.

II. Los animales mismos, aunque desprovistos de razón, se sienten sin embargo movidos de este sentimiento. Se han encontrado y se encuentran aún animales salvajes y feroces, tales como los tigres, los leones, amansados por los beneficios, que dan señales admirables de engreimiento y reconocimiento, sirviendo, asistiendo, defendiendo á aquellos de quienes los han recibido. Paseándose el santo abad Gerásimo un día en las riberas del Jordán, vió venir á sí un león, con una pata encogida y rugiendo de dolor, el buen anciano se detiene al momento para ver qué iba á hacer este animal; éste se le acercó, le presentó su pata que estaba toda muy hinchada á consecuencia de una astilla de caña que tenía encajada, y parecía suplicarle al santo que se la sacara y le diera algún alivio. El santo se sentó, cogió la pata del león, le dió una cortadita sobre el tumor, sacó la astilla, hizo salir el pus, vendó la llaga después de

3 Si esurierit inimicus tuus, ciba illum; si sitierit, da ei aquam bibere: prunas enim congregabis super caput ejus. Prov.,..... XXV, 21.

haberla limpiado. El león tuvo tanto reconocimiento por este beneficio, que se quedó con el santo abad; le siguió siempre, le sirvió con una fidelidad admirable y con tan gran engreimiento, que, habiendo muerto el santo hombre, tuvo tan gran dolor por eso, que nadie pudo calmarlo; rugía de una manera lamentable todo el día; y poco tiempo después, estando sobre el sepulcro de Gerásimo y redoblando sus rugidos y gritos, murió allí por la violencia del dolor. (1) Se cuenta lo mismo de otro león, que alimentó á un tal Androcleo, durante tres años, en una caverna, porque le había hecho un servicio semejante sacándole una espina de un pié. Su engreimiento fué más lejos; porque habiendo sido apresado Androcleo y conducido á Roma para combatir en el anfiteatro contra un león lanzaron contra él el mismo león que él había curado; éste reconoció á su médico, y, muy lejos de hacerle mal, se apresuró á hacerle caricias, lo que obligó al pueblo á dar la vida y libertad á uno y á otro. La historia cuenta que se veía á Androcleo en la ciudad, llevando á su león atado de una débil correa, como un perrito. (2) Habiendo San Macario de Alejandría vuelto la vista á dos pequeñas hienas que estaban ciegas, la madre le llevó al santo, al día siguiente, una piel de oveja en reconocimiento del servicio que le había prestado. (3) Ajax, hijo de Oileo, había familiarizado y domesticado á una serpiente de siete codos de largo, tanto, que es taba siempre á sus

1 Mosechus in prato spirituali.
2 A. Gellius. lib. V. cap. 14.
3 Pallad, in Lausiac. cap. 20.

pies, lo acompañaba y seguía por todas partes. (1) Santa Golinduca, gran dama de Persia, domó también á otra de tal modo que reposaba su cabeza sobre ella para dormir, sin correr peligro. (2) Habiendo un segador ido á sacar agua á una fuente, vió á una águila que combatía contra una gran serpiente, enroscada esta en el águila la apretaba tanto, que no la dejaba volar y la sofocaba. Viendo ese hombre al águila en ese estado, le tuvo lástima: descargó con tanta astucia como destreza, un gran golpe con su hoz sobre la serpiente, que la mató y libró al águila; después fué á sacar agua, regresó y contó á sus compañeros lo que le había sucedido. Todos bebieron de esa agua; iba él á beber como los demás, cuando el águila cayó sobre el vaso y lo derramó con sus alas: se estaba quejando de su ingratitud cuando vió caer y morir derrepente á todos sus compañeros; entonces comprendió que el agua había sido envenenada por la ponzoña de la serpiente, y que el águila le había mostrado su reconocimiento salvándole la vida. (3) ¿Qué pudiéramos decir del perro, que de todos los animales es el que conserva más el recuerdo del bien que se le ha hecho? ¡Qué admirable es bajo este aspecto, y qué bellas lecciones da al hombre! ¿Qué no hace por su amo? Lo acompaña por todas partes con la mayor fidelidad, lo defiende con valor, le busca con tenacidad, prueba con sus aullidos el pesar de haberle perdido, cuando lo encuentra no sabe como atestiguarle su ale-

1 Philostr. in. her. in Ajaci Locrenci.
2 Memolog. 13 Jal.
3 Pierius. hierogl. lib. XIX.

gría, le salta encima, lo acaricia y trata de mostrarle su cariño por todos los medios de que puede servirse. Cuenta San Ambrosio (1) que un perro aulló toda la noche junto al cuerpo de su amo, que un malvado había asesinado. El día siguiente, habiendo ido muchas personas á ver el cuerpo del muerto, fué también el asesino para mejor encubrir su crimen; tan pronto como el perro lo reconoció, se lanzó sobre él con horrorosos ladridos, lo muerde, lo derriba, y se esfuerza con sus dientes y sus uñas por desgarrarlo. Los asistentes, admirados de una cosa tan extraña, lo ven como un rayo de luz que Dios les envía para descubrir al homicida, y, sospechando que éste hombre es el asesino, lo cercan, le preguntan, éste, todo admirado, tiembla, palidece, tartamudea, se corta en sus respuestas; lo aprisionan, confiesa su crimen y es castigado. La conducta de un perro de uno de los esclavos de Tito Sabino fué todavía más admirable: (2) jamás abandonó á su amo en todo el tiempo que duró en su prisión; lo siguió cuando lo llevaron al último suplicio, dando aullidos horrorosos por todo el camino; no abandonó el cuerpo de su amo después de la ejecución, y, cuando le aventaban algún pedazo de pan para que se callara ó para que comiera, lo arrimaba á la boca del cuerpo muerto; arrojaron el cadáver al río Tiber, el perro se hechó tras él, y se metió debajo de el y lo tuvo levantado para impedir que se fuera al fondo. ¡Qué ejemplo de fidelidad y de engreimiento en este animal! ¿Qué fué lo que excitó

1 Lib. VI. hexam. cap. IV.
2 Plin. lib. VIII. cap. 40.

en él estos sentimientos? Un pedazo de pan duro, negro, mojado en agua.

III. Si los beneficios mueven tan sensiblemente á los leones y á los animales más crueles, si obran tantos prodigios de fidelidad en los perros, si tienen tanto poder sobre los hombres, ¿cuál debeser la fuerza de los beneficios de Dios sobre nuestros corazones para atraerlos, encadenarlos entera é irrevocablemente á su amor, cualquiera que sea la resistencia que opongan! Si estuviéramos reducidos á una pobreza extrema y que un hombre nos colmara de riquezas, sin el menor interés por su parte; si nos estuviéramos muriendo de hambre y sed, y que nos dieran de comer y de beber, si estuviéramos encerrados en un calabozo obscuro é infecto, y que nos pusieran en libertad; si estuviéramos ciegos y que nos dieran la vista, ¿pudiéramos rehusar nuestro amor á aquel que nos hubiera hecho tantos servicios? ¿Sería nuestro corazón tan insensible y tan bárbaro para no guardar alguno de esos beneficios? Si ello es así, ¿por qué no amamos á nuestro Señor Jesu-Cristo, que nos ha dado los bienes, el alimento, la libertad, la salud, la vida y todo cuanto tenemos? ¿Por qué somos tan insensibles á sus beneficios? Si un hombre nos hubiera dado la cien milésima parte de lo que hemos recibido de él, nos sería imposible impedir á nuestro corazón de arder en su amor, pensaríamos en él, hablaríamos de él, pondríamos nuestra felicidad en verlo y hablarle; ¿qué no haríamos para conservar su amistad? ¿Cómo es pues posible que después de haber recibido tantos beneficios, quede nuestro corazón insensible y helado? ¿Por qué los beneficios del hijo de Dios no

excitan en nuestros corazones los mismos sentimientos de amor y reconocimiento que los beneficios de los hombres? ¡Oh hombre! ¿qué adviertes en los beneficios de Dios, que sea menos digno de encantar tu corazón, que los de las criaturas? ¿Dínos la causa de una parcialidad tan extraña? ¿Será acaso porque nos son dados por una persona infinitamente elevada en perfección, ó porque toman su origen en un amor infinitamente más grande, ó porque son, sin comparación alguna, más excelentes, y en mayor número y más necesarios? ¿No debieran al contrario, estas razones, obligarte á amarlo más? Y sin embargo, por unos cuantos servicios que recibirás de una criatura miserable (y eso si de ella los recibes, porque más bien es de Dios, que se sirve de su criatura como de un instrumento,) te conmoverás vivamente, la amarás, la agradecerás, la servirás: mirarías como un ingrato y un monstruo indigno de todo favor á aquel que obrara de otro modo; y los beneficios de Nuestro Señor, cuya multitud es excesiva, la excelencia infinita, la necesidad absoluta no te darán afecto alguno por él! ¡Ah! te establezco por juez en tu propia causa: escucha tu conciencia; sin duda ella te reprochará tu ingratitud y tu injusticia.

Observa á los animales, como dice Job, *pregunta á las bestias y ellas te enseñarán el reconocimiento* (1) Cuando veas á tu perro, ¿qué reflexión debes hacer, si quieres hacer atención á ello? ¿Qué debes concluir de su conducta? Tú le das un pedazo de pan, le arrojas un hueso inútil, le das

1 Interroga jumenta, et docebunt te. Job., XII, 7.

una poca de agua, y por tan poca cosa, te ama, te alhaga, te acompaña, te mira, te presta mil servicios; y Nuestro Señor te da la carne de ese hueso, te da por alimento una gran variedad de viandas de peces y de frutos, de vinos exquisitos y delicados, y de tantas otras cosas; hace más, te da sus gracias, te enriquece con los méritos de su vida y de su muerte, ¡y tu corazón está sin amor por él! ¿Quién no se ruborizaría de vergüenza, dice aquí San Ambrosio, si desconociera los beneficios de Nuestro Señor, viendo á los animales que repulzan el crimen de la ingratitud! Tienen poca memoria, y sin embargo conservan el recuerdo de un pobre alimento que se les tira, y tú, que te acuerdas de tantas otras cosas, pierdes el recuerdo del gran beneficio de la Redención; por el cual Nuestro Señor te ha librado de la tiranía del demonio y merecido la salvación eterna. (1)

IV. Por tanto, puesto que es tan justo amar á Nuestro Señor á causa de sus beneficios, amémosle en consecuencia, de hoy en adelante, más de lo que lo hemos hecho hasta ahora; sirvámonos de nuestra razón para cumplir un deber tan grande de justicia; no mostremos que tenemos el corazón más insensible y más duro que los leones y los tigres; acordémonos que somos obra de Nuestro Señor en el orden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria; que no somos sino un compuesto de sus beneficios. Si tenemos un cuerpo, es él quien nos lo ha dado; si tenemos una alma, es él quien la ha

1 Quis non erubescat gratiam de se bené merentibus non referre, cúm videat bestias refugere crimen ingrati? El illæ impertitæ alimoniæ servant memorian, tu non servas salutis aceptae. S. Ambr., Lib. VI, cap. IV.

formado; si tenemos riquezas, de él es de quien las tenemos; su sol es el que nos alumbra, su tierra la que nos aguanta, sus aguas las que nos calman la sed; su fuego es el que nos calienta, su aire el que respiramos, sus frutos los que comemos, sus vestidos los que nos cubren, sus casas las que nos hospedan, sus criaturas las que nos sirven; ¿podemos negarlo? Si somos cristianos y no idólatras, si somos católicos y no herejes, si estamos separados del común de los fieles para entregarnos con más cuidado á nuestra salvación en el estado eclesiástico, si estamos á cubierto de las tempestades del mundo en el puerto seguro del estado religioso, á él es á quien debemos todos estos favores Todos los peligros de que escapamos, todas las tentaciones que vencemos, todos los pensamientos santos que tenemos, todos los movimientos buenos que experimentamos, todas las palabras buenas que decimos, todas las obras virtuosas que hacemos, son otros tantos beneficios de sus manos. El ha tomado un cuerpo y una alma por nosotros, él vivió en trabajos contínuos por nosotros, él se ha sumergido en un abismo de dolores y de oprobios muriendo en la cruz por nosotros; nos da todos los días su cuerpo, su sangre, su humanidad, su divinidad, en el augusto sacramento del altar, y después de todo esto, nos prepara los bienes infinitos y eternos de su gloria. ¿No son acaso estos beneficios bastante fuertes para unirnos á él, y para encender en nuestro corazón el fuego de su amor? ¿Cómo no amar á aquel de quien se recibe todo? Por esto, convencidos de la verdad de un deber tan justo, amémoslo sin tardanza; que estos beneficios obren sobre nuestro espíritu y le hagan experimentar todo su

poder, puesto que son, como dice la Esposa, *lámparas de fuego, flechas ardientes*, (1) para iluminar nuestro entendimiento, abrasar las voluntades, y atravesar los corazones; que nos esclarezcan y nos abran los ojos para hacernos conocer á nuestro verdadero bienhechor; que rompan la dureza de nuestro corazón y lo inflamen en su amor, no sea que los animales vayan á ser los acusadores y los jueces de nuestra ingratitud, después de haber sido los modelos del reconocimiento que debemos tener.

1 Lampades ignis atque flammarum, vel, sagittæ ignis. Cant. VIII, 6. Juxta sept.